

CARTA XXV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO querido : Al fin mis ojos vieron amanecer aquel día dichoso, aquel grande día que debía ser el de mi libertad y adopcion en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días antes habia acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abismos de mi iniquidad que encubria despues de tanto tiempo mi corrompido corazon ; pero él me habia dicho : Vuestra reconciliacion con la santa madre Iglesia está ya concluida ; vuestra confesion está hecha , y os habeis acusado ya á Dios, en la persona de su indigno ministro, de todas las iniquidades que despues de un prudente examen habeis podido tener presentes. Esto que os parecia lo mas difícil era lo mas fácil, y ahora no debeis pensar sino en recibir la absolucion con fruto.

Me parece, señor, que pues Dios nos concede tiempo, y por su gracia ya nos hemos desembarazado de esa atencion que ocupa mucho y seca el corazon por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se la han borrado ; me parece, digo, que ahora debeis destinar tres días para ocuparos en excitar vuestra compuncion, para pedir con el profeta que os sustente en ellos con el pan de vuestro dolor y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su

sagrado tribunal un corazon tan pesaroso de haberle ofendido, como resuelto á no ofenderle mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfaccion que exija de vos. Yo me sometí á lo que el padre disponia, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolucion.

¿Cómo te pintaré, Teodoro, el zelo y ardor de este infatigable apóstol de la caridad ? Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en ejercicios devotos y análogos al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes, ya rezaba conmigo los salmos penitenciales, esplicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedia que los acompañase con su omnipotente mediacion ; ya lanzaba de su corazon suspiros fervorosos, ó ruegos encendidos, y me parecia que afectos tan vivos no podian dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solio de Dios, y que mi floja y débil oracion podria, unida con la suya, elevarse tambien hasta el trono de la misericordia. Otras veces me trasportaba con él á la Judea, y me hacia seguir la vida de nuestro Redentor desde el pesebre de Belen hasta el sacrificio del Calvario ; y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos, y renovar me el propósito y resolucion de reformar mi vida.

A veces invocaba á María, la madre de Jesus, á Joseph, su santo esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el domingo, á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovacion, y nos ayudasen á dar gracias al Dios de tantas misericordias. En fin me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazon, introduciendo la confianza y la dulzura hasta en el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba, si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres dias, que alcanzarán á este ángel incomparable una muy preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la aurora del dia que debía alumbrar la resurreccion de un muerto, y en que se asombrasen todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. Vino el padre mas temprano de lo que acostumbra. Aunque, como te he dicho, su aspecto es siempre venerable, y que en su ayre y modo de presentarse se manifiestan de continuo la modestia, dulzura y circunspeccion, que producen en los que le miran una impresion viva de su virtud, me pareció que aquel dia se habian reforzado estas excelentes calidades, y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de uncion y de santidad.

Me dijo que le siguiese á la capilla, y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno suplicio que iba implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí despavorido y alterado. El entró á la sacristía, se vistió de los vestidos sacerdotales, y salió á decir la misa. Aquel dia se detuvo mas tiempo en el altar que otros. Yo le oí exhalar gemidos, con que sin duda imploraba para mí la clemencia del cielo, y no dudo que llegarían hasta el trono de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos, y vi los suyos empapados de lágrimas, que, elevados al cielo con un rostro inflamado, dirigían á Dios una oracion fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmocion que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era por mí. Me sentí inundado en llanto, y el corazon se me queria salir del pecho para seguirle en el raptó con que volaba el suyo. En fin acabó su misa, mando al ayudante que se fuese, y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y, conservando las demas sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada, y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas y me puse á sus pies me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro, y le represento. Vos me habeis hecho

confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y pareceis dispuesto á recibir la penitencia que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para ponerlos con la fe á los pies de la cruz de Jesucristo. Vedla sobre ese altar, abrazaos en espíritu con ella, y unios á ella con todo vuestro corazón y alma para que recibais la aspersion de la sangre adorable que la inmensa caridad del Dios Hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á estraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador para rociaros con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremecí al oír estas palabras; pero él me dijo: No temais, señor; vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderos. El es vuestra vida, y no podeis hallarla sino en él; unios pues con esa cruz, en que la caridad de Jesus se ha crucificado, y llorad, abrazado con ella, los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones. Dios por su bondad os esconde su horroroso aspecto, para que no desfallezcáis; pero, si quereis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved como han puesto al Hijo unigénito del Eterno Padre, y considerad cuáles deben ser los horrores de un mal que no quiso espiar sino por sus tormentos, por su cruz y su espantosa muerte.

Esos crueles dolores, esos clavos, esas llagas las sufrió por vos; desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para libraros de ellos. Allí es donde vos y yo debiéramos estar, y nada consiguiéramos con eso, si su amor no le hubiera movido á crucificarse él primero, y si el nuestro no nos mueve á nosotros á crucificarnos con él.

Olvidad en este instante lo que ha hecho por los otros, para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que es salvador de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo, y no es á otros sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudeis, señor, él vuelve á ser hoy de nuevo vuestro salvador. Si vuestra fe me ayuda; si, asegurada de la veracidad de su palabra, recibe con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los derechos que habíais adquirido por el santo bautismo, y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecian incurables se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, los fuegos inestinguibles que os estaban preparados van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como padre, á reconocerlos por su hijo, y volveros á su amistad. Sus divinos

ojos no se apartarán ya de vos con horror, como en largo tiempo se apartaron; se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos; vos seréis objeto de sus complacencias, como él será de las vuestras, porque ya seréis santo para el Señor, vuestro Dios, que es la santidad misma.

Todo esto debeis á su inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta esa cruz, y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debeis; ¿y habiendo tenido la desgracia de haberle sido tanto tiempo ingrato, haréis mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida? Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoracion y de reconocimiento.

Sin duda se le debe temer, pues es justo; pero, ¡cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benéfico y amable! ¡Qué! ¿no se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable sino para hacerse temer? Que le teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarle. Este sentimiento debe ser el que reine en nuestro corazon con preferencia, y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesus. ¿Qué es lo que vemos en él á los ojos de la religion?

Al Verbo divino, á la Sabiduría increada, al Hijo unigénito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz reputada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los mas crudos dolores, lleno de oprobrios, que espira en los tormentos, despreciado de los hombres, y como desamparado del Padre.

¿Y porqué nuestro Dios, nuestro Criador omnipotente, aquel que hace temblar las columnas del cielo, y en cuya presencia los ángeles se humillan, sufre con tanta paciencia males tan inauditos y tan agenos de su inocencia? Por aplacar la justa indignacion de Dios irritado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte, y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de obtener el perdon de sus ingratas y viles criaturas tan á costa suya? Pero, ¡ay! este remedio tan duro era necesario. ¿Qué seria del hombre, si Jesus no hubiera pagado su deuda? ¿cómo hubiera podido satisfacerla por si mismo? ¿quién, sino un Dios, podia pagar cumplidamente por las ofensas hechas á Dios?

¿Qué mas ven allí los ojos de la fe? Una tierna y afligida madre, que, triste testigo de los oprobrios y tormentos que una ingeniosa crueldad multiplica sobre el mejor y mas amado de los hijos, los sufre todos en su puro y celeste corazon. Miradla tan cerca de la cruz, que la sangre que corre de las venas de su hijo, y que inunda la tierra, llega hasta ella, y salpica su cuerpo virginal. Esta es la misma sangre

de que el Espíritu divino formó en su seno la santa humanidad; la misma que, consagrada por la union de la naturaleza divina, adquirió la virtud de lavar los pecados. La santa madre está rociada con ella: habiéndola sido concebida en gracia, y siempre fiel, siempre llena de las mas altas virtudes, no tiene que labrar; pero es madre de misericordia, y ruega incessantemente que aquel bálsamo tan precioso se aplique y distribuya á los pecadores que imploran su piedad.

Observad lo que pasa en esa tragedia lamentable, que asombra á los espíritus celestes, y veréis que todo debe alentar vuestra confianza. Escuchad al mismo Salvador, que, menos ocupado en sus males que en nuestro remedio, despues de haber encargado á su discípulo querido el cuidado de su digna madre, encarga á esta el cuidado de Juan, y en su persona el de todos los hombres: *He aquí á tu hijo*, la dijo; y con esto la nombra madre de cuantos vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Por esto la Iglesia con tanto fundamento la llama madre nuestra, y esperanza nuestra. Jesucristo en su testamento y última voluntad, sellada con la muerte, nos dejó su proteccion por legado. No contento el Salvador divino con darnos por la efusion de su sangre los medios de recobrar la gracia, nos dió tambien el auxilio de una madre piadosa, que nos alcance sus frutos con su poderosísima intercesion.

Mirad tambien como aquella dichosa pecadora, que otra vez lavó con su llanto los pies de su Señor,

ahora tierna y fiel compañera de María, le asiste tambien en estos últimos y dolorosos momentos, derramando nuevas y mas amargas lágrimas de amor. Mirad como ahora es mas feliz, porque participa de los tormentos de la cruz, y goza ya de los frutos de su penitencia. Y si os parece que no os puede su penitencia animar, porque ahora empieza la vuestra, aquí teneis muy cerca un ladron que, pendiente en una cruz por sus delitos, y sin haber hecho ninguna, no dice mas que una palabra, y esta palabra sola basta para que se le perdone todo, y que pase en aquel día del cadalso al paraíso.

Pero, para que me detengo, si en aquel venturoso momento el Salvador divino pronunció una absolucion general, ó lo que es lo mismo dirigió á su Padre un ruego universal que comprendia á sus mismos verdugos: *Padre*, le dijo, *perdonadlos, que no saben lo que hacen*. No solo intercede por ellos, sino que los escusa; ¿y si esto hace por los que tanto le ultrajan, qué hará por los que imploren su clemencia?

Si esto es así, señor; si ahora estan abiertas las puertas de la misericordia; si teneis á vuestro Salvador, que pide por vos mismo, que erais su enemigo, y le habeis ofendido; si ahora le encontrais rodeado de amigos que ruegan por vos, y de una amorosa madre encargada de protegeros; si estais viendo que perdona á los que se lo piden de veras, ¿cómo vos, á quien yo como ministro suyo he conducido á sus pies, no os aprovecharéis de este feliz momento? ¿cómo no clamaréis tambien á vuestro Dios, vos que os



sentis abrumado con el peso de tantos pecados; vos que habeis dado tantas veces la muerte á vuestra alma, vos en fin que ya no esperais mas que una palabra suya, dicha por mis labios, para resucitar y volver á la vida?

¿Y quién soy yo para separarme de vos, cuando se trata del perdon de los pecados? Quizas, y quizas mil veces mas reprehensible, no tengo en este momento otra ventaja que la de haberos conducido á la fuente de la misericordia. ¿Y qué debo hacer, sino posturarme como vos á sus divinos pies, interpelar á María para que me alcance una gota de tanta sangre como se derrama, y unirme con vos y con el dichoso ladron que está á su lado, para que todos y cada uno le digamos: Señor, acuérdate de mí, *memento meí*. Tu bondad es nuestra única esperanza. Desde el trono de vuestra cruz decid á nuestras almas abatidas, que aunque os hemos olvidado tanto y tan largo tiempo, vuestro amor paternal se digna de acordarse de nosotros, y que en vez de la horrorosa habitacion del fuego inextinguible que hemos merecido quereis hoy abrirnos las puertas de vuestro paraíso. La absolucion que esperamos de vos es la señal de esta promesa, pues ella nos hará dignos de habitar con vos en la celestial Jerusalem.

Sí, señor, esta absolucion que voy á daros en su nombre es la señal eficaz de vuestro perdon, y os pone en el camino de la eterna felicidad. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma, va á purificarla, á santificarla, y reconciliaros con Dios, á

justificaros, á daros el titulo y los derechos de su hijo, á daros parte en la herencia que os dejó Jesucristo, á rociaros con su divina sangre, y haceros agradable á los divinos ojos. Él va á marcaros con el sello de su promesa, y lo ejecutará al pie del altar en que Jesus, pontífice supremo de la religion, ofreció á su padre aquel sangriento sacrificio y precioso holocausto que este Espíritu divino encendió con su amor. Procurad pues asiros de esta cruz, y estrecharos á ella con la fe cuando me escuchéis las palabras sagradas.

No perdais de vista esas otras dos cruces, y esos dos tan diferentes delincuentes. Estos dos hombres son el símbolo que representa los diferentes destinos de los pecadores. Los dos estan clavados en sus cruces; ambos estan igualmente cerca de Jesucristo; uno y otro estan presentes al sacrificio que ofrece y que hubiera podido salvarlos igualmente; no hay mas diferencia que la de sus corazones: el uno se une al sacrificio del cordero, recibe su fruto y se salva; el otro se separa, le desprecia y se pierde. Tomad ejemplo del primero, y consumad vuestra penitencia con sus mismas disposiciones. Yo os recomiendo principalmente tres. La primera, que unais vuestro corazon con los sufrimientos de Jesucristo, para santificar con ellos tanto las penitencias que voy á imponeros como aquellas que hagais voluntariamente, y sobre todo las que os envíe la divina Providencia para la espacion de vuestros pecados.

La segunda, que reconozcais en vuestro interior

con sinceridad que no hay pena ó sufrimiento que no merezcáis, y con esta persuasión íntima aceptaréis con humildad y os sujetaréis con discreción á todas las que el cielo os diere para satisfacer á Dios y destruir el cuerpo del pecado. Y la tercera, que pongáis una continua atención, una incesante y nunca interrumpida oración y vigilancia para no perder de nuevo la gracia que vais á recibir, y preservaros de recaídas.

Yo espero que Dios os ha dado estas disposiciones, y no solo lo espero, sino que me parece que ya las veo en vuestro corazón. Estad cierto que con ellas nuestra oración sube al cielo, y que penetra hasta el trono de la misericordia; que Dios nos oye y nos perdona, que los bienaventurados alegres cantan al Altísimo un himno de reconocimiento y alabanza, que interceden por nosotros, que el Señor los escucha benigno, y que de nuestro irritado enemigo vuelve á ser desde hoy nuestro protector y nuestro padre.

Tened por seguro que Jesucristo está ya con nosotros. Ya sabéis que ha prometido que cuando dos ó tres se juntaren en su nombre él estará entre ellos. Aquí estamos los dos, y en su nombre nos hemos juntado: ¿A qué habéis venido sino á esponer vuestras miserias, implorar su piedad, y pedirle perdón por medio del ministro que os ha señalado? ¿y á qué he venido yo sino á oiros, á confesaros y absolveros? ¿cómo pudiera hacer esto yo, miserable pecador, sino por su autoridad y en su nombre?

Acordaos que cuando vino al mundo él mismo dijo que no venia por los justos, sino por los pecadores,

y

y que ha instituido el sacramento de la penitencia para ellos. Acordaos tambien que ha dicho: Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare, y que por esto cuanto mas cargado esteis de pecados, tanto mas derecho os da para acudir á su piedad, que estas promesas son suyas, que es el Dios verdadero y fiel, que para cumplir las ha puesto las palabras de reconciliación en sus ministros, á los que ha hecho depositarios en su nombre de su potestad.

Vos estais en presencia del que os ha destinado. Buscad pues en él á Jesucristo; á cualquier parte que volvais los ojos le hallaréis, porque siempre está cerca de los que le invocan. Si levantais los ojos al cielo, la fe os le mostrará sentado á la diestra de su eterno Padre, donde, como pontífice supremo, le está presentando vuestras oraciones y gemidos; como divino mediador intercede para que os perdone, y como sacerdote le ofrece vuestra penitencia acompañada de su cruz para darla valor.

Si los volveis á la tierra, vos acabais de verle en el altar adonde ha venido á renovar su sacrificio, y presentarlo otra vez á su divino Padre para obteneros el perdón que esperais. Y ahora mismo está entre nosotros, pues que lo ha prometido, y viene á escuchar los sollozos de vuestro corazón, á curar vuestras heridas, á infundiros su espíritu, y á presentarme á mí la amorosa llaga de su costado, para que saque de ella la sangre con que debo rociaros y sanaros. No penseis pues sino en postraros á sus pies, en abrazaros con ellos por la fe, y regarlos con las

lágrimas de amor y de dolor con que los regó la amante pecadora.

No considereis otra cosa que vuestras miserias y su misericordia, el exceso de vuestros males y lo infinito de su bondad, el horror que debéis tener de vos mismo y la inmensa caridad con que él viene á vos. Ocupaos en estos objetos, y no los separeis; porque unidos serán á un tiempo los motivos de vuestra aflicción y de vuestra confianza. Yo espero que á medida que le habeis descubierto vuestros males, cuando me los habeis declarado, los ha ido curando; no falta pues otra cosa que el que le digais una palabra: Señor, si quereis, podeis sanarme; esta palabra que no se ha dicho ni se dirá jamas en vano le hará responderos como al leproso: *Sanad, yo lo quiero.*

Avivad pues en este momento vuestra contrición; repetid los gritos doloridos de David: *Miserere*: ¡Señor, misericordia! Pedid al Espíritu Santo que forme en vuestro corazón esta palabra poderosa, que la forme en el mío para que yo le dirija tambien mis súplicas humildes. ¡Dios omnipotente! ¡luz inaccesible! ¡resplandor inmortal, al que los querubines se acercan trémulos y con la faz cubierta! ¿Cómo yo miserable pecador me atreviera á ponerme en tu presencia, si el Dios que, engendrado antes de la aurora, salió de tu esplendor divino no le hubiera mitigado, cubriéndole con el velo de mi carne? Él es por quien espero hallar entrada en el trono de tu misericordia; es el Dios, hijo de David, al que dirijo mi ferviente ruego, al Dios que me ha dado el derecho de llamarle mi hermano, porque su piedad es toda para mí.

¡O tú, Jesus, Hombre y Dios! tú á quién hablamos sin temor, aunque seas el Dios salvador, el Dios de Israel; tú á quien otra vez se acercaban los pecadores con seguridad y confianza; tú que con bondad los excitabas á acercarse, permite que el que está ahora á tus pies obtenga el perdón que tu solo puedes concederle. Yo imploro para tu siervo la misma misericordia que mostraste cuando te manifestaste en la tierra.

Pero, Señor, este penitente no te pide un perdón que le deje como estaba en sus pasiones; pide que le perdones y le enmiendes, que olvides sus iniquidades y las destruyas. Sabe que ya habias destruido la iniquidad en que nació, que la habias lavado con tu sangre, anegando en ella la maldición de su origen; ahora viene á pedirte otro bautismo nuevo, y sus lágrimas santificadas con las tuyas le darán el agua necesaria. Haced, Señor, que donde fue tanta la iniquidad sea mayor la gracia, que donde abundaron las injusticias y delitos sobreabunde la misericordia y las virtudes.

Sus males serian irremediables, si tu justicia le quisiera perder, si por tu gloria no quisieras salvarle. Tú le hiciste renacer de la Iglesia, madre tan santa, que la escogiste por tu esposa: Ella le dió la vida y derechos á la inmortalidad; le hizo conocer la verdad que amas, instruyéndole en los misterios ocultos de tu sabiduría. El lo ha perdido todo, todo lo ha profanado; pero espera en tu bondad infinita; haz que las palabras de paz y de consuelo penetren hasta lo

íntimo de su corazón, y que su alma abatida se consuele con tan dulce esperanza. Habla pues, piadoso Dios, á este pecador miserable; con una palabra tuya va á recobrar la vida; dile que ya no podrás ver sus pecados, porque vas á destruirlos; y él te pide que no dejes de sus iniquidades mas que la gloria de haberlas perdonado y su dolor por haberlas cometido.

Entonces el padre se puso en pie, yo alzo los ojos para ver lo que hace, y veo que está con los brazos levantados, y que con la vista clavada en Jesucristo me dice: Preparaos, señor; el Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma, yo voy á rociarla con la sangre de nuestro Redentor, y Dios va á perdonaros y reconoceros por su hijo. Yo me postro en tierra, junto con el polvo mi culpada frente, y anegado en mi llanto oigo que el padre sentado pronuncia las palabras sagradas de la absolución. ¡O Dios! ¡quién pudiera esplicar lo que pasaba entonces en mi corazón! ¡quién pudiera espresar el inefable consuelo que experimenté entonces! sobre todo cuando despues de haberlas acabado me dijo: Yo espero en Dios que estais en su gracia; id en paz, y no pequeis mas.

Teodoro, ¡qué revolucion tan repentina experimenté en todas mis facultades interiores! ¡cómo me sentí súbitamente libre de las inquietudes y temores que emponzoñaban hasta los momentos de mi arrepentimiento y esperanzas! Yo me sentia como un hombre que despues de estar largo tiempo bajo de las ruinas de un edificio desplomado, se le saca de repente del medio de las pesadas masas que tenian sus

órganos oprimidos, que queda atónito y como fuera de sí, que le parece ver por la primera vez todo lo que se presenta á su vista; su cabeza está mal segura, su respiracion entrecortada; recela que algun órgano se le haya comprimido, respira con pena y con temor, hasta que, dando un profundo suspiro, reconoce con alegría que su interior está sano, que sus entrañas han recobrado el movimiento, y que el aire, este elemento saludable, vuelve á circular en ellas con desembarazo. Lo mismo le pareció á mi alma cuando volvió á entrar en el adorable y dichoso seno de su Dios; creía respirar su aire nativo, entrar en el regazo paterno, volver al mismo de que salió, y donde el que vive no muere jamas.

En este estado de embriaguez divina yo permanecía postrado en tierra, y como sumergido en el gozo de mi felicidad. No sé cuanto tiempo este profundo sentimiento, que absorvia todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en esta situacion estática de adoracion, si la mano del siervo de Dios no me hubiera prestado la fuerza que me faltaba para levantarme. Me hizo sentar á su lado, y me pareció que este ángel del cielo entraba entonces en una especie de éstasis divino; yo ví brillar en su agradable semblante los rayos de una luz celeste y plácida alegría. Una especie de sonrisa dulce y amorosa animaba su rostro venerable, y sus ojos fijos sobre los míos me mostraban un halago tan blando y religioso, que llenaban mi corazón de ternura.

¡O señor! me dijo, yo saludo, admiro y venero